

La esperanza y la fe, compañeras inseparables en San Agustín

RESUMEN:

La esperanza arrastra al hombre hacia el futuro, le abre horizontes nuevos e insospechados y le permite evitar el escollo de un presente tal vez angustioso y devastador. La esperanza impulsa al ser humano hacia adelante, pero para que vaya bien encauzada precisa insoslayablemente de la compañía de la fe. El presente artículo trata de probar cómo la esperanza y la fe van de la mano en el mensaje teológico de San Agustín. La esperanza –tal y como la interpreta el Obispo de Hipona– invita una y otra vez a la paciencia, hasta que llegue un mañana más pleno; por su parte, la fe diseña los vectores que han de dirigir con seguridad la existencia humana, de modo que ésta no desemboque ni en el vacío ni en la impaciente claudicación. Ambas, esperanza y fe, son compañeras inseparables en el pensamiento del tagastino.

PALABRAS CLAVE: Virtud, gracia, confianza, peregrino, vida, historia y visión.

ABSTRACT:

Hope draws man toward the future, opens new and unsuspected horizons, and allows him to avoid the pitfalls of a perhaps distressing and devastating present. Hope propels human beings forward, but to keep it on the right path, it inevitably requires the accompaniment of faith. This article attempts to demonstrate how hope and faith go hand in hand in the theological message of Saint Augustine. Hope—as interpreted by the Bishop of Hippo—repeatedly invites us to be patient, until a more fulfilling tomorrow arrives; for its part, faith designs the vectors that must securely guide human existence, so that it does not end in emptiness or impatient surrender. Both, hope and faith, are inseparable companions in the Tagastino's thinking.

KEY WORDS: Virtue, grace, trust, pilgrim, life, history and vision.

1. LA ESPERANZA, ESA LÁMPARA PARA EL PEREGRINO ¹

En las obras de San Agustín la esperanza y la fe aparecen como virtudes conectadas y –a veces– da la sensación de que son intercambiables. Si bien esto es cierto, también es verdad que cada una de estas dos virtudes teologales posee un perfil propio. Vamos a comenzar hablando de la esperanza. Tentados por un afán utilitarista podríamos preguntarnos... ¿para qué sirve la esperanza? ¿tiene algunos efectos positivos de los que nos podríamos beneficiar? Evidentemente la esperanza cristiana está plagada de efectos positivos que no podemos olvidar. En una época como la nuestra, en la que la tecnología es casi “*pantocrática*”, vamos a ver lo que nos dice la IA si le preguntamos acerca de los beneficios de la esperanza cristiana.

La esperanza cristiana –asegura sin titubeos el *chatgpt*– tiene varios efectos positivos que pueden impactar profundamente en la vida de las personas. Aquí te menciono algunos de ellos:

1. Fortaleza en la adversidad: La esperanza cristiana brinda consuelo y fortaleza en momentos difíciles. Saber que hay un propósito divino puede ayudar a las personas a enfrentar los desafíos con una actitud más resiliente.
2. Sentido de comunidad: La fe cristiana fomenta la creación de comunidades unidas por la esperanza compartida. Esto puede proporcionar un fuerte apoyo emocional y social, ayudando a las personas a sentirse acompañadas en su camino.

¹ Tenemos la oportunidad de profundizar aún más en el tema de la esperanza, según la cosmovisión de San Agustín, acudiendo a: IMANOL LARRÍNAGA BENGOCHEA, *La esperanza en San Agustín*, Ed. Federación Agustiniana Española, Madrid 2003; JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ, *La esperanza cristiana en San Agustín*: Religión y Cultura 31/147-149 (1985) 653-676; GRAZIANO MARÍA MALGERI, *Fundamento antropológico de la esperanza en San Agustín*: Augustinus 63/248-249 (2018) 155-190; MIGUEL ÁNGEL KELLER PÉREZ-HERRERO, *La esperanza en la experiencia y la doctrina de San Agustín*: FRANCISCO JOSÉ ANDRADES LEDO (COORD.), MIGUEL ANXO PENA GONZÁLEZ (COORD.), ÁNGEL GALINDO GARCÍA (COORD.); JOSÉ ROMÁN FLECHA ANDRÉS (HOM.), *Razones para vivir y razones para esperar: homenaje al Prof. Dr. D. José-Román Flecha Andrés*, Ed. Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2012, 127-140; PABLO ANTONIO MORILLO REY, *El tiempo en San Agustín: ¿lamento o esperanza?*: Isidorianum 22/43 (2013) 41-72.

3. Motivación para el cambio: La esperanza en un futuro mejor puede inspirar a las personas a trabajar por el cambio, tanto en su vida personal como en la sociedad. Esta motivación puede llevar a acciones positivas y a un compromiso con el bienestar de los demás.
4. Paz interior: La esperanza cristiana puede ofrecer una profunda paz interior, ya que se basa en la confianza en Dios y en su plan. Esto ayuda a manejar el estrés y la ansiedad de manera más efectiva.
5. Perspectiva de vida: La esperanza cristiana invita a las personas a ver más allá de las circunstancias actuales y a enfocarse en un futuro lleno de posibilidades. Esta perspectiva puede enriquecer la vida y fomentar una actitud de gratitud.
6. Fomento de valores positivos: La esperanza en la enseñanza cristiana promueve valores como el amor, la compasión y el perdón, lo que puede llevar a relaciones más saludables y a una vida más plena.

En resumen, la esperanza cristiana puede ser una fuente poderosa de inspiración y apoyo, ayudando a las personas a navegar por la vida con una actitud más optimista y resiliente.

Agustín de Hipona fue un hombre que vivió la esperanza en primera persona. En medio de una época de cambios (recordemos la sacudida que supuso la caída de Roma a partir del año 410), el Obispo de Hipona siempre invitaba a mirar más allá de los elementos humanos y a poner la esperanza sólo en Dios. Incluso, ante las acusaciones que los paganos hacían a los cristianos (los acusaban del saqueo de Roma, porque habían desestimado la idolatría), Agustín les respondió con el canto a la esperanza escondido en *La ciudad de Dios*. En sus páginas el tagastino invita a no dejarse sorprender por la desesperación y el temor, al tiempo que exhorta a elevar el propio corazón con esperanza hacia Dios. La de Agustín, evidentemente, no ha sido una esperanza sólo mental o intelectual; la suya ha sido una esperanza fáctica y existencial, pues ha conocido de primera mano la desgracia y las calamidades que afectaron al norte de África. Desde aquí ha elevado el vuelo hacia lo alto² y nos invita a nosotros a hacer lo mismo: *isursum corda...* hacia Dios! La esperanza nos levanta a Dios (cf. *sol.* 1,1,3).

² De ello nos habla Enrique Alejandro Eguiarte Bendímez en <https://agustinosrecoletos.org> / Consulta: 25.03.2025.

A pesar de la muerte de la civilización y el mundo que él había conocido, Agustín sabía internamente que algo nuevo estaba naciendo. A pesar de que la vida del hombre en la tierra está siempre amenazada (desgracias, calamidades...), nada debiera robarnos la esperanza. La esperanza del cristiano tiene un nombre, Jesucristo, y su promesa nos posiciona en el camino hacia la vida eterna. Ninguna circunstancia debiera robarnos la esperanza, pues el creyente siempre ha de estar alegre en el Señor (Rom 12,12). Agustín sabía que el cristianismo es la religión de la resurrección, advirtiéndolo que en muchos momentos –tras el fracaso y la muerte aparente– resurge una y otra vez como el Ave Fénix de la mitología clásica ³.

Ésta es la razón por la cual invita a los conciudadanos de la ciudad de Dios a seguir avanzando día a día, al tiempo que cantan y caminan (cf. *ser.* 256,3), reconociendo de modo realista que su existencia va madurando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios (cf. *civ.Dei*, 18,51,2). No estamos dejados de la mano de Dios, ya que la historia tiene un horizonte de sentido. Se trata nada menos que del reino de los cielos, con la existencia futura de una *Ecclesia sine macula et sine ruga*. Entonces, en la *civitas Dei* del escenario escatológico, se hará realidad aquello que aparece registrado al final de *La ciudad de Dios*, pues allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos (cf. *civ.Dei* 22,30,5) ⁴.

La esperanza agustiniana mira siempre hacia adelante, se extiende hacia adelante, y no es presa del pasado. En su obra *Concordancia de los evangelistas* 2,22 el Hiponate reconoce que lo contrario de la esperanza es mirar atrás: “cuando se habla de la esperanza se habla de cosas futuras, no de cosas pasadas”. Hemos de caminar como peregrinos esperanzados, haciendo caso a lo que escribe el Apóstol de los Gentiles en Fil 3,13: “dejando lo que queda atrás, me extendiendo hacia lo que está por delante”. En último término, lo que hace la Iglesia es invitar a sus hijos a correr, a extenderse (Agustín emplea el sustantivo *extensio* en sus *Confesiones*) hacia las cosas del cielo ⁵. Somos peregrinos *in Deum* (cf. *reg.* 1,2). Sabe-

³ Cf. <https://agustinosrecoletos.org> / Consulta: 25.03.2025.

⁴ Cf. <https://agustinosrecoletos.org> / Consulta: 25.03.2025.

⁵ Ya en la tierra los cristianos poseemos las primicias del Espíritu, que nos hacen capaces de saborear y gustar -aunque todavía en una pequeña medida-

mos hacia donde vamos, y también conocemos que Cristo nos acompaña en el camino de la vida, para que avancemos con los afectos del corazón (cf. *ser.* 306B,1). En medio del movimiento y de la dinámica del caminante esperanzado, estamos llamados a gozar con los cánticos graduales *anabathmi* (escalones ascensionales que sólo van hacia arriba y que sólo suben). Entonces, como el fuego, tendemos a lo alto, nos enardecemos y caminamos hacia arriba, hacia la paz jerosolimitana (cf. *conf.* 13,10), hacia los bienes espirituales y superiores⁶.

Es evidente, en el pensamiento de Agustín, que la redención de Cristo es la esperanza de los pecadores. Cristo es aquel que se ha dejado matar por ellos y al mismo tiempo en favor de ellos, para que nadie desespere de la remisión de sus pecados, cuando aquellos mismos que quitaron la vida a Cristo merecieron el perdón (cf. *Io.ev.tr.* 31,9).

Lo que nosotros debemos temer –en opinión del santo– son dos cosas: por un lado tenemos que temer que nos mate la esperanza, y esperando mucho en la misericordia de Dios caigamos en las manos de la justicia divina; por otro lado, hemos de temer también no nos vaya a matar la desesperación, y creyendo que es imposible que se nos perdonen los pecados que hemos cometido nos neguemos a hacer penitencia (cf. *Io.ev.tr.* 33,8).

Tengamos la esperanza firme de ver un día a Dios, ya que le veremos como Él es. En tanto le veremos en cuanto seremos semejantes a Él, puesto que ahora en tanto no le vemos en cuanto somos desemejantes. Nos permitirá verlo aquello que nos asemeja a Él. Es cierto que la semejanza debe ponerse no tanto en las cosas corpóreas, sino en el hombre interior, que se renueva en el conocimiento de Dios según la

aquello que podremos comer y beber con plena satisfacción en el cielo. Eso sí, sólo podremos gozar de la plenitud de la paz celestial al final, después de que el cuerpo corruptible y mortal sea resucitado, convertido en incorruptible e inmortal. Mientras estamos todavía en este mundo, el Espíritu Santo es derramado en los creyentes para que vivamos en paz interior, o sea, en la concordia del alma con la carne. Gracias a Él alcanzamos la victoria contra el enemigo mediante las obras de misericordia. En último término, el Espíritu Santo es el don de Dios donde descansamos y gozamos del mismísimo Dios (cf. NELLO CIPRIANI, *El Espíritu Santo, amor que une. Pneumatología y espiritualidad en san Agustín*, Ed. Agustiniana, Guadarrama [Madrid] 2023, pp. 148-162).

⁶ Cf. <https://agustinosrecoletos.org> / Consulta: 25.03.2025.

imagen de aquel que le creó (Col 3,10). En tanto más nos hacemos semejantes a Dios en cuanto progresamos más y más en su conocimiento y su amor, porque aunque nuestro cuerpo exterior se corrompa, nuestro hombre interior se renueva de día en día (2Cor 4,16). Aunque en la vida presente vaya uno espiritualmente muy adelantado, está siempre lejos, muy lejos, de aquella perfección de semejanza que es idónea para ver al Señor *coram Deo* (cf. *ep. a Itálica*, 92,3).

Si ahora creemos, más tarde veremos. Es cierto que nuestra tribulación tiene lugar en el mundo actual, mientras que nuestra esperanza se encamina hacia el siglo futuro. Si la esperanza del siglo futuro no nos consolase en la tribulación del presente, pereceríamos. Aún no poseemos nuestro gozo en la realidad, pero sí ya en esperanza, y nuestra esperanza es tan firme como si ya fuese realidad, pues no titubeamos dada la Verdad que promete. Es cierto que la Verdad no nos puede engañar ni engañarse. Agustín anota que nos conviene unirnos a ella; ella nos liberta si permanecemos en su palabra. Ahora creemos, más tarde veremos. Cuando creemos, se da la esperanza en este siglo; cuando veamos, se dará la realidad en el futuro, pues veremos cara a cara. Aquí está la ecuación espiritual o el silogismo agustiniano: creer para ver. Cuando tengamos purificados los corazones, entonces veremos cara a cara, por aquello de *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (cf. *enar.Psal.* 123,2).

Nosotros no tenemos que aferrarnos a las cosas de este mundo, pues nuestra esperanza no se cifra en las cosas del tiempo presente. Hemos de poner los ojos en lo que Dios nos ha prometido; estamos ante un regalo que un día se nos dará, pero del cual todavía no podemos –ni siquiera– hacernos idea (cf. *ser.* 127,1). Aún nos toca esperar, es verdad. Nosotros hemos resucitado con Cristo y existimos con Cristo, nuestra Cabeza, de momento mediante la fe y la esperanza. El Señor nos mostró en su carne, esto es, en nuestra cabeza, en la que resucitó y ascendió al Padre, qué es lo que debemos esperar. La razón es que así está escrito: *Fue entregado fue por nuestros delitos y resucitado para nuestra justificación* (cf. *ser.* 144,6).

Nadie debiera desesperar, pues Dios está acostumbrado a cambiar la dirección de la vida de las personas. El Señor –siendo un médico poderoso– es experto en activar procesos de cambio de agujas en la

dirección existencial (ahí están los casos, por ejemplo, de Pablo y de Pedro). Los dos cambiaron radicalmente el rumbo de sus vidas. Nadie debiera envanecerse de su dignidad mundana. Nadie debiera tampoco alejarse de la misericordia de Dios, considerando su propia maldad. Ni lo uno ni lo otro (cf. *ser.* 381).

Estamos esperando lo que Cristo ya nos ha anticipado. Deberíamos poder decirle un día al Señor aquello de “*Cumplimos lo que nos mandaste, danos lo que nos prometiste*”. Él ha sufrido nuestros males, ¿y no nos dará sus bienes? Es veraz el Señor que hace las promesas. El Señor ha tomado por nosotros en la tierra la humillación de la pasión, las injurias, las burlas y cuanto había de vil. ¿No va a darnos el reino, la felicidad, la inmortalidad y la eternidad? (cf. *ser.* 395,2).

La soteriología agustiniana, de clara inspiración paulina, se basa en la esperanza y no en la realidad que todavía no ha llegado. No tenemos realmente lo que se nos ha prometido, pero lo esperamos como algo venidero (cf. *ep. ad Partos* 4,2).

Los justos tendrían que alegrarse en el Señor, por aquello de que permaneciendo el Señor continúa el gozo de los justos (cf. *enar.Psal.* 32,2/s.1,1 {v.1}).

Cuando el hijo de Santa Mónica, convertido ya en ministro consagrado predica al pueblo, le asegura que la esperanza es la lámpara del hombre (*ser.* 37,11,25). Es la virtud del peregrino que camina por este mundo (*ser.* 395,1). Aquí nos toca a todos tolerar lo presente y esperar lo futuro (*ser.* 211A). Nuestra esperanza es nuestra ancla (*ser.* 359 A,1), que nos da seguridad. Se simboliza en el huevo (*ser.* 105,7) y también en la altura de la cruz (*ser.* 165,4). Se une a nuestra paciencia (*ser.* 157,6), a nuestra oración (*ser.* 179 A,2) y a la celebración de nuestras eucaristías (*ser.* 334,2). Nadie debiera perder la esperanza (*ser.* 157,2; 170,9; 176,5), pues siempre hemos de caminar en ella (*ser.* 4,9; 32,23). Es una virtud propia de quien cree (*ser.* 313F,3). Vivir sin ella es una maldición (*ser.* 313F,1). Lo opuesto a la esperanza, en nuestra vida, es mirar atrás (*ser.* 105,7). Esta virtud teológica nos amamanta (*ser.* 21,1) y aviva nuestro amor (*ser.* 21,1). Quien es ahora nuestra esperanza, será después nuestra posesión (*ser.* 313F,3).

Es cierto que el pecador está llamado a tener esperanza. ¿En quién? En Cristo. Nadie ha de desesperar de la remisión de sus pecados, cuando aquellos mismos que quitaron la vida a Cristo merecieron el perdón (cf. *Io.eu.tr.* 31,9). El pecador no ha de desesperar de sí, sino que más bien debe abrirse y convertirse a Dios (cf. *enar.Psal.* 70,1,1).

La esperanza presente todavía no ha logrado su objeto. Lo alcanzará en la última resurrección de los muertos. Cuando nuestra esperanza llegue a su meta, habrá llegado a la suya también nuestra justificación. El Señor mostró en la carne con que resucitó y subió al Padre lo que nosotros hemos de esperar; vemos en la Cabeza lo que después ha de suceder en los miembros (cf. *ser.* 144,6). Mirar a Cristo es, entonces, fortalecer nuestra esperanza. Esperamos lo que Cristo ya nos ha anticipado. Caminemos confiadamente hacia esa esperanza, porque es veraz quien la ha prometido (cf. *ser.* 395,2).

La esperanza, además, nos asegura la posibilidad de la sanación. Existe la esperanza de tener a un médico muy especial. No sólo se trata de curar los cuerpos, aunque esto ya es mucho. Se nos propone una sanación completa e integral. Nuestra esperanza es Dios, es el Señor (sal. 38,8). Él es nuestra esperanza, y es el que nos ha hecho también a nosotros (cf. *enar.Psal.* 38,13,8). Los enfermos están llamados a la esperanza porque ha venido el Médico. Es cierto que la enfermedad era grave, las heridas insanables, y la dolencia desesperada. Aunque el mal es ciertamente severo, no olvidemos que el Médico es omnipotente (al tiempo que humilde). Hay testigos que prueban su poder sanador.

Deberíamos cuestionarnos... ¿podemos permitirnos perder la esperanza, habiendo venido un médico de tal categoría? Grandes eran las dolencias, incurables las heridas y sin esperanza de curación la enfermedad. Te fijas en la magnitud de tu mal ¿y no en la omnipotencia del médico? Tú has perdido la esperanza, pero él es todopoderoso. Testigos de su poder son los primeros a los que curó; ellos le dieron celebridad. Y todo ello no obstante que fueron curados, más en la esperanza que en la realidad. Pues así se expresa el Apóstol: *Pues hemos sido salvados en esperanza*. La adquisición de la fe significa el comienzo de nuestra sanación, pero nuestra salud alcanzará su plenitud cuando esto corruptible se revista de incorruptibilidad y esto mortal se revista de inmortalidad. Esto es objeto de esperanza, y aún no es realidad. El que

se goza en lo que espera, conseguirá también la realidad; en cambio, quien carece de esperanza no podrá alcanzarla. (cf. *ep.Io.* 8,13).

En la teología agustiniana, muchas son las variedades y modulaciones de la enfermedad del pecado. Mucho se ha escrito sobre esto. Hemos de alegrarnos de estar redimidos y curados; es posible que aún no lo estemos completamente, pero hemos de estar seguros en la esperanza. Si no gemimos en la esperanza, no llegaremos a la realidad (cf. *enar.Psal.* 37,5,4).

Agustín nos advierte –estemos muy atentos a esto– que no hemos de esperar cualquier cosa, pues la esperanza nos vincula a unos bienes concretos. En verdad, el hiponense nos enseña dónde tenemos que poner la esperanza, es decir, en qué tipo de bienes. Nosotros no hemos venido al cristianismo para el disfrute de los bienes de acá, sino para otro no sabido bien, que Dios nos ha prometido ya, pero del que los hombres no podemos hacernos idea todavía. Nuestra esperanza no ha de quedarse a ras de tierra; no ha de cifrarse en este tiempo, ni en este mundo, ni en la felicidad con que se ciegan los hombres que se olvidan de Dios (cf. *ser.* 127,1). Los que ponen sus ojos en las cosas de este mundo podríamos decir que son los malos. Ellos tienen una esperanza presente, mientras que la de los cristianos ha de ser futura. La de los malos es pasajera, y la de los cristianos permanente. La de los malos es falsa, y la que debe ser nuestra es verdadera (cf. *enar.Psal.* 52,8,6-7). Es buena la salud del cuerpo, aunque la esperanza cristiana nos lanza más allá. El bien mayor es el bien de la salvación, y nuestra salvación se basa en la esperanza. Aún no tenemos lo que se nos prometió, sino que lo esperamos como venidero (cf. *ep.Io.* 4,2). Si en esta vida somos justos, entonces hemos de alegrarnos. ¿Por qué razón? Permaneciendo en el Señor, después continuará el gozo para los justos (cf. *enar.Psal.* 32,2,1,1,1). Agustín nos exhorta a fijarnos en la luz del Señor⁷, teniendo en cuenta sus sufrimientos, reteniendo la justicia, y

⁷ La luz del Señor, la luz de la Verdad, produce la iluminación en la mente. Dicha iluminación es necesaria para vivir una vida virtuosa y para tener a Dios derramado en un corazón que se ensancha con su venida. No obstante, si el ser humano se vuelca no hacia Dios sino hacia lo que ha sido hecho por Dios, entonces se vincula a las tinieblas y a la infirmitad; va hacia las realidades ínfimas, experimentando una peligrosa y progresiva degradación (cf. TAMARA SAETEROS, *Amor y conversión en san Agustín*, Ed. Ciudad Nueva, Madrid 2019^a, p. 37).

convencidos –en la esperanza– de que no perecerá ni un cabello de nuestra cabeza (cf. *enar.Psal.* 64,13).

La esperanza de los buenos difiere con respecto a la de los malos. La esperanza de los que tratan de vivir de acuerdo a la voluntad de Dios es Dios; por otro lado, la esperanza de los malos es la de las cosas de este mundo. Podríamos decir que una es la buena esperanza y la otra la mala esperanza. Entonces podemos cuestionarnos, ¿cuál es mi esperanza?; ¿no es el Señor? Claro que sí, Él es lo que yo espero, el que me dio todo esto que debo despreciar. Él se me dará a sí mismo, que está sobre todo y por quien fueron hechas todas las cosas; yo mismo he sido creado por Él entre todas las cosas. Él es mi esperanza, el Señor (cf. *enar.Psal.* 38,13, v.8).

Agustín establece un contraste cromático vinculado al objeto de nuestra esperanza. ¿En quién ponemos nuestra esperanza? Dependiendo de nuestra vinculación, así disfrutaremos de la mañana, o bien nuestro ánimo cambiará al estar en la tarde o en la noche. Si hacemos caso a lo que promete el Creador del mundo, entonces tendremos salida de mañana. Si nos dejamos enredar, por el contrario, por el que promete riquezas e intenta corrompernos y lucrarnos, entonces llegará para nosotros la tristeza de la tarde o de la noche (cf. *enar.Psal.* 64,13).

Los seres humanos somos limitados, por lo que no es conveniente poner la esperanza en los hombres. Y es que –señala Agustín– nosotros somos lo que somos: criaturas finitas y limitadas, nada más. Agustín avisa en sus catequesis a los principiantes para que la esperanza se ponga sólo en Dios, pues es el único inmutable, que nunca nos defrauda y que no se muda: *“con todo, no debes colocar tu esperanza en esas personas buenas que te preceden o te acompañan hacia Dios, ya que no debes colocarla ni en ti mismo, por más progresos que hubieres hecho, sino en aquel que, al justificarnos, os hace tales a ti y a los otros. Está seguro de Dios, porque no se muda; en cambio, de los hombres nadie puede estar seguro. Pero si debemos amar a los que todavía no son justos, para que lo sean un día, ¡cuánto más ardientemente deben ser amados los que ya lo son! Pero una cosa es amar al hombre y otra poner la esperanza en el hombre, hasta tal punto que Dios manda lo primero y prohíbe lo segundo”* (cat.rud. 25,49).

Nos espera, al final, nada menos que la visión de Dios. Sí, la virtud de la esperanza desemboca en ver a Dios. Dichosos los limpios de

corazón, porque ellos verán a Dios, nos dice el Señor Jesús (Mt 5,8). Agustín cree firmemente esto. Lo veremos tal cual es (1Jn 3,2) y lo veremos cara a cara (1Cor 13,12). En tanto le veremos en cuanto seremos semejantes a Él, puesto que ahora en tanto no le vemos en cuanto somos desemejantes. Nos permitirá verlo aquello que nos asemeja a Él (cf. *ep. a Itálica*, 92,3). Mientras caminamos en esta vida, hemos de mantener encendida la llama de la esperanza. Es la llama del deseo, si pretendemos buscar un símbolo que nos ayude a entenderlo. Toda la vida del hombre cristiano es un santo deseo. Lo que deseamos aún no lo vemos, pero deseándolo nos hacemos capaces de verlo. Entonces, en el futuro, cuando venga lo que hemos de ver, seremos saciados (cf. *ep. Io.* 4,6). No obstante, todavía no hemos llegado al futuro, al final. Ahora cada uno vive su presente. Pues bien, aquí es donde encontramos la tribulación. ¿Y qué nos alivia en el dolor y en el sufrimiento de la tribulación...? La respuesta es la esperanza; y es que si la esperanza del siglo futuro no nos consolase en la tribulación del presente, entonces pereceríamos. Poseemos gozo en la esperanza. Se trata de una esperanza que es tan firme como si ya fuese realidad. Es la Verdad quien nos promete estas cosas, y ella ni puede engañar ni puede engañarse. Ahora creemos y más tarde veremos. La esperanza pertenece a este siglo, y la realidad al futuro (cf. *enar.Psal.* 123,2).

En Agustín –por lo demás– es obvio que la esperanza posee un aspecto o elemento comunitario. Uno no espera al margen del otro y mucho menos contra el otro. El Papa Benedicto XVI lo captó muy bien y cita directamente a Agustín en el n° 14 de su Carta encíclica *Spe salvi*. Veamos cómo lo explica con sus propias palabras⁸:

“Por eso, la « redención » se presenta precisamente como el restablecimiento de la unidad en la que nos encontramos de nuevo juntos en una unión que se refleja en la comunidad mundial de los creyentes. No hace falta que nos ocupemos aquí de todos los textos en los que aparece el aspecto comunitario de la esperanza. Sigamos con la Carta a Proba, en la cual Agustín intenta explicar un poco esta desconocida realidad conocida que vamos buscando. El punto de partida es simplemente la expresión « vida bienaventurada [feliz] ». Después cita el Salmo 144 [143],15: « Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor ». Y

⁸ Disponible en www.vatican.va / Consulta: 16.03.2025.

continúa: « Para que podamos formar parte de este pueblo y llegar [...] a vivir con Dios eternamente, “el precepto tiene por objeto el amor, que brota de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera” (1 Tm 1,5) ». Esta vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un « pueblo » y sólo puede realizarse para cada persona dentro de este « nosotros ». Precisamente por eso presupone dejar de estar encerrados en el propio « yo », porque sólo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios”.

Hemos de alegrarnos de estar redimidos –comunitariamente– en la esperanza: “cuando el gozo es compartido por muchos es más intenso en cada uno en particular, pues el afecto y el entusiasmo son contagiosos” (conf. 8,4,9). Aún no lo estamos del todo en la realidad, pero hemos de estar seguros en la esperanza. Si no gemimos en la esperanza nunca llegaremos a la realidad (cf. *enar.Psal.* 37,5, v.4).

Vamos a desgranar ahora cuatro textos agustinianos que son como cuatro ejemplos muy ilustrativos con respecto a la esperanza, tal y como la concibe San Agustín. Hay muchos más, sin duda, pero éstos cuatro podrían ser muy inspiradores ahora para nosotros: se trata del *sermón* 157, del *sermón* 158, de algunos números del *Enchiridion ad Laurentium* (concretamente los nn. 8, 66 y 114) y finalmente el *sermón* 313F (= *Denis* 22).

- 1º. Con respecto al *sermón* 157, señalemos que en él Agustín se detiene a valorar las repercusiones de Rom 8,24-25 (versículos alusivos a *spe salvi*). El tagastino se fija en las palabras del Apóstol que –mirando al Señor Dios– le dice “*Tú eres mi esperanza*”. El propio Agustín, inspirado por Pablo, desea exhortar y consolar a los suyos. Dios es nuestra esperanza en la tierra de los vivos, y nosotros no hemos de fijar nuestra mirada en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Lo que se ve es temporal, mientras que lo que no se ve es eterno. Lo que no se ve hemos de esperarlo con paciencia. No hemos de caer en las redes de las promesas del mundo, porque engañan siempre, mientras que las de Dios nunca engañan. Lo que Dios nos dará nos lo dará en la tierra de los vivientes. Algunos se cansan de esperar al que es veraz, y no se avergüenzan de amar al falaz. Son los hijos de la muerte eterna, que no cesan de insultar a los que se com-

portan varonilmente. Podríamos decir, al hilo de las meditaciones de Agustín en este sermón, que los malos además molestan a los buenos, y les invitan a fijarse en ellos: son los impíos, los que están alegres y saciados en sus placeres, siempre vinculados a la espera de algo visible. Por otro lado, los malos dicen a los buenos que ellos se atormentan con las torturas de la templanza, creyendo lo que no ven.

Agustín exhorta a sus oyentes a que se guarden de charlatanerías, para que no se corrompan las costumbres, para que no decaiga la esperanza, y para que no se debilite la paciencia. Es preferible, en opinión del Hiponate, mantenerse en la humildad y en la mansedumbre, en los caminos rectos del Señor (esto nos recuerda muy bien la doctrina de los dos caminos del sal. 1 y una sección de la *Didaché*).

El Excelso, por el proceso kenótico y katabático, se ha abajado y se ha entregado en su forma de siervo, llegando a soportar el oprobio de los hombres, el desprecio de la plebe, la afrenta, la flagelación y la muerte en cruz.

En cuanto a nosotros, es verdad que todavía nos toca esperar. ¿Por qué? El hijo de Santa Mónica es lúcido al constatar que aún no ha llegado la plenitud de nuestro gozo; no obstante, no por eso se nos ha dejado ahora sin gozo alguno. Estamos salvados en esperanza, lo cual nos exhorta a vivir alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación y viviendo con gran confianza. Es verdad que algunos han perdido el aguante y que –lamentablemente– aman lo pasajero y lo que se lleva el viento. Agustín, por el contrario, invita a sus oyentes a esperar los bienes eternos, aunque no los veamos. Se trata de un tipo de bienes que, cuando lleguen, no pasarán y permanecerán para siempre. ¿Cómo alcanzarlos? Yendo por el camino del Señor y dejando de lado las cosas pasajeras. Los bienes deseados enardecen, poseídos se envilecen y perdidos se desvanecen.

Desde la ecuación espiritual agustiniana del *uti* y el *frui*, el santo Padre de la Iglesia postnicena no quiere poner un muro altísimo entre nosotros y los bienes que encontramos en el camino de la vida. No se trata de bienes intocables para nosotros. De lo que se

trata es de que nos sirvamos de ellos por la necesidad de nuestra peregrinación (*uti*), aunque sin poner en ellos nuestro gozo (*frui*), para no ser arrastrados lamentablemente cuando se desmoronen⁹. Hemos de usar de este mundo como si no usáramos de él; después podremos llegar a quien hizo el mundo, y permaneceremos gozando de su eternidad. Dios es fiel a la hora de cumplir lo que nos ha prometido.

- 2º. Por lo que se refiere al *sermón* 158 aquí Agustín habla de la caducidad de la esperanza. Dejará de existir cuando se haga presente la realidad esperada. Estamos ante una esperanza que es necesaria durante la peregrinación, ya que nos consuela en el camino. La esperanza permite que no se quebranten nuestras fuerzas, y como ejemplo emblemático y útil Agustín emplea el del viandante. El viandante se fatiga en el camino, soporta la fatiga, ya que espera llegar en un momento a la meta; no obstante, si al viandante se le quita la esperanza, entonces se viene abajo y sus fuerzas se ven quebrantadas.

En este mundo gemimos en nuestro interior, esperando la adopción y la redención de nuestro cuerpo. Esperamos lo que no vemos y la paciencia nos ayuda en este proceso. Gracias a esta paciencia han sido coronados los mártires, que deseando lo que no veían despreciaron los sufrimientos. Gracias a esta esperanza aprendieron que nada les iba a separar del amor de Cristo: ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la desnudez, ni la espada. Cristo nos acompaña y nos ayuda en el camino de la vida. Ahora Cristo habita por la fe en nuestros corazones (Ef 3,17) y después lo hará por la visión. La esperanza ha de mantenerse activada mientras estamos en el camino y en la

⁹ El hijo de Santa Mónica nos exhorta a ser lúcidos y a dirigir nuestra existencia desde un recto *ordo amoris*. La ley del *ordo amoris* nos pide distinguir las cosas utilizables (*uti*) de los bienes de los que hemos de gozar con fruición (*frui*). Las cosas, que sirven sólo para alcanzar el fin (Dios), son del orden del *uti* y no del *frui*. El desorden moral aparece cuando se invierte el orden de las cosas. Este principio nos invita a relacionarnos bien con la realidad, evitando -de algún modo- la peligrosa idolatría. Si respetamos este orden alcanzamos la paz, que el Hiponate identifica con la *tranquillitas ordinis* (cf. VITTORINO GROSSI, *Agustín de Hipona. Vida, escritos, legado histórico*, Ed. BAC, Madrid 2022, p. 228).

peregrinación. Recordemos que “*toda peregrinación, por su misma naturaleza, es dura y cansada. Sólo se emprende con ánimo por la esperanza de llegar a la meta*” (*enar.Psal.* 85,11).

Más allá de los devaneos terrenales del *homo viator*, llegará un día la visión, cuando Dios será todo en todos. Dios integrará y aglutinará en sí mismo todo lo que aquí buscamos, todo lo que aquí tenemos por grande. Él será para nosotros comida y bebida, al tiempo que será para nosotros inmortalidad. Será nuestra gran riqueza y nuestra gloria. Será nuestra posesión y la visión en la que desemboque nuestra fe esperanzada. Aparecerá entonces la caridad perfecta. Para llegar a gozar de este don sublime se nos pide perseverar con confianza en Dios y en su ayuda. Si somos capaces de soportar y de tolerar, entonces venceremos con el auxilio del mismísimo Dios.

- 3º. En cuanto al *Enchiridion ad Laurentium* (en particular en los nn. 8, 66 y 114) vemos que Agustín nos comenta algunos elementos interesantes sobre la esperanza. Esta virtud versa sobre cosas buenas y futuras. La fe y la esperanza coinciden en que tanto el objeto de la una como el de la otra es invisible. Llamamos fe la que nos enseñan las Escrituras divinas, es decir, la de las cosas se no se ven (Agustín tiene –entre sus cuatro obras dedicadas exclusivamente al asunto de la fe– una cuyo título es precisamente *De fide rerum quae non videntur*). Aquí hay un punto coincidente con la virtud de la esperanza, pues la esperanza que se ve ya no es esperanza. Lo que uno ve, ¿cómo va a esperarlo...? Si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos. Cuando alguno cree que ha de poseer bienes futuros, no hace otra cosa que esperarlos.

La fe y la esperanza nos quedan incompletas en el tríptico de virtudes teologales si no incorporamos la caridad. Agustín cae en la cuenta de ello. Ésta es la razón por la cual asegura que sin ella nada aprovecha la fe. Sin la caridad la esperanza no puede existir tampoco. Nos distinguimos de los demonios en que ellos creen y tiemblan, pero ni esperan ni aman; lo que nosotros por la fe esperamos y amamos, ellos temen que se realice. Si hacemos caso al Apóstol San Pablo, entonces seguiremos su recomendación al vivir desde una fe que obra por la caridad, la cual no puede existir

sin la esperanza. Ni el amor existe sin la esperanza, ni la esperanza existe sin el amor, ni ninguna de las dos anteriores sin la fe. Hay un vínculo entre las tres que nos habla de una conexión inextricable.

Al hablar de la esperanza en esta obra, Agustín hace una inclusión teológica de tipo sacramental. Ésta es la razón por la cual anota que todo cuanto obran los saludables sacramentos, más tiene por fin la esperanza de los bienes futuros que la obtención o conservación de los bienes actuales. Es por tanto la esperanza una virtud que nos lanza al escenario supraterráneo o escatológico, estado en el cual obtendremos bienes que nadie nos podrá arrebatarnos y de los que gozaremos indefectible y eternamente.

Haciendo una comparación entre la fe y la esperanza, el tagastino remarca que, de todas las cosas que fielmente han de ser creídas, sólo aquellas que se contienen en la *Oración dominical* pertenecen a la esperanza. Es maldito todo aquel que pone su esperanza en el hombre. El que la pone en sí mismo, por lo demás, queda sujeto por las cadenas de la maldición.

El Hiponate nos convence de que sólo a Dios debemos pedir aquello que esperamos para obrar bien, y para conseguir el fruto de las buenas obras.

- 4º. Si miramos al *sermón* 313F (= *Denís* 22) nos percatamos de que aquí también se nos habla de la esperanza. Se trata de una interpretación de la esperanza conectada con la durabilidad; de hecho, el predicador advierte que la esperanza de la que trata este sermón debe perdurar y no debe acabarse cuando acabe su sermón. La esperanza se dilata en el tiempo. La esperanza clama siempre a Dios, y es una esperanza que no será eterna... Se habla de esperanza mientras no se posee la realidad, porque cuando llegue la realidad ya no habrá esperanza. Vivir sin esperanza es una maldición.

En Agustín la fe y la esperanza aparecen relacionadas con la visión beatífica. Así como la fe desemboca en la visión, también la esperanza un día se acabará, y cuando llegue la visión ya no existirá esta virtud teologal. Hemos de esperar siempre con paciencia.

No se trata de esperar muchas cosas terrenas, como hacen ahora los hombres. En las distintas edades del hombre, éste espe-

ra: *“los niños tienen la esperanza de crecer, de instruirse, de saber algo; los jóvenes, de casarse y tener hijos; los padres, de alimentar a los hijos, de instruirlos, de ver crecidos a quienes acariciaban de niños, por referirme de manera particular al núcleo de la esperanza humana, que es como lo más natural, lo más excusable y lo más frecuente. Hay, en efecto, muchas esperanzas vulgares y del todo reprensibles; pero aferrémonos a ésta que es común a todos y natural. Cada cual nace para esto: para crecer, para casarse, para procrear hijos, para educarlos y también para que le llamen padre de hijos. ¿Qué más pretende? Pero aún no se ha acabado la esperanza: desea casar a sus hijos y aún sigue teniendo esperanza. Cuando haya conseguido esto, desea tener nietos; y, cuando haya alcanzado este deseo, entra en la tercera generación, y el anciano se muestra perezoso para dejar su lugar a los niños. Todavía va tras algo que desear y que esperar, y parece benévolo. ¡Ojalá —dice— aquel niño pueda llamarme abuelo! ¡Cuando lo oiga de su propia boca, puedo morir! El niño crece, le llama abuelo, y él aún no se reconoce tal. En efecto, si ya es abuelo, si es ya anciano, ¿por qué no se da cuenta de que debe abandonar este mundo para que le sucedan quienes han nacido de él? Pero, cuando escucha ese nombre honorable en la boca del niño, quiere instruirlo él mismo. ¿Le falta, acaso esperar también un bisnieto? Así muere, aún con esperanza; espera esto y lo otro una vez que ha recibido lo que antes esperaba. Cuando recibe lo que esperaba, no se sacia, y suspira por otras cosas. ¿Para qué había llegado lo que esperabas? Con toda certeza, para que pongas un término a tu camino. Ese límite no se extiende. ¡A cuántos engaña esta esperanza, esperanza trillada! Ante todo, no sacia cuando llega”* (ser. 313F [=Denis 22], 2).

¿Y qué más encuentra el tagastino en su análisis de los seres humanos...? Agustín constata que no hay nadie que deje de esperar. Nadie se sacia y, aunque son tantos los defraudados, nadie se da de baja de la esperanza de las cosas mundanas. El hijo de Santa Mónica —por lo demás— quiere que vayamos por una senda segura. Anhela que nuestra esperanza no sea engañosa, para que sea una virtud que nos sacie, y con algo superlativo, es decir: con algo tan bueno que no pueda serlo más.

Nuestro autor nos pide dar un salto de trampolín, que nos lleve desde abajo hasta arriba. Las cosas de este mundo causan deleite, son hermosas y son buenas. De lo que se trata es de dar un salto desde ellas hacia arriba, para buscar a quien las hizo. ¡El

es precisamente nuestra esperanza! Él es ahora nuestra esperanza, mientras que en el futuro será nuestra posesión: «*Esperamos a Dios de Dios, de modo que el objeto de la esperanza, que es la posesión frutiva de Dios, y el medio de lograrla es el mismo Dios, que ha hecho promesas que deberán cumplirse. En esto consiste el amor gratuito a Dios: en esperar de Dios a Dios, en rellenarse y darse un hartazgo de Él. Porque Él te basta a ti y fuera de Él nada te basta. ¡Qué bien conocía esto Felipe al decir: ‘Señor, muéstranos al Padre y con esto nos basta!’*» (ser. 334,3).

La esperanza es la fortaleza en la vida presente, al tiempo que nos capacita para afrontar las calamidades que se nos presentan en esta vida. Nos permite vivir con la sonrisa en el corazón, conscientes de que lo que se vive en la vida presente es solamente una anécdota ante lo que está por venir. La verdadera Vida, la Vida con mayúsculas, la viviremos en el cielo. La Iglesia, sabedora de estas cosas, ha de vivir con humildad el presente. Vivamos, entonces, con el consuelo de la esperanza (cf. *civ.Dei* 18,49) y con los corazones permanentemente en alto (cf. ser. 86,1).

Vivir en esperanza nos exige vivir siguiendo al *Christus Illuminator*, para no vivir en tinieblas ni en sombras de muerte. El Iluminador es la luz del mundo, y el que lo sigue no camina en las tinieblas (cf. Jn 8,12). Con Él se abre el horizonte de un futuro mejor, de modo que ¡ojalá! sea el Señor nuestra esperanza (cf. *enar.Psal.* 39,7). Pongamos, entonces, toda nuestra esperanza en Dios, sin quedarnos encerrados en el momento presente. Dios es fiel, cumplirá sus promesas y nuestra confianza en Él no nos defraudará¹⁰.

2. LA FE, ESA VIRTUD DECISIVA EN EL DESARROLLO DE LA VIDA CRISTIANA

La fe posee un puesto privilegiado en el corpus espiritual del tagastino¹¹. Es un principio teológico presente en gran parte de las obras

¹⁰ Cf. <https://agustinosrecoletos.org> / Consulta: 25.03.2025.

¹¹ Algunos de los últimos estudios significativos sobre la fe en clave agustiniana se encuentran en ALEXANDRE RODRIGUES GOMES, *La fe, las obras y la gracia según San Agustín y su relevancia pedagógica*: Multidisciplinary journal of school

del hijo de Santa Mónica. Es verdad que Agustín dedica especialmente algunas de sus obras al tema de la fe, como por ejemplo *De utilitate credendi* (391), *De fide et symbolo* (393), *De fide rerum quae non videntur* (400), *De fide et operibus* (anterior al 413) y el *Enchiridion ad Laurentium sive de fide, spe et caritate* (hablando de las tres virtudes teologales en el 420). No obstante, más allá de estas obras centradas en la fe, nuestro tema es un eje transversal que atraviesa muchas de las obras agustinianas, de distinto género literario. Como botón de muestra tenemos los *Sermones* 62, 62-A, 77, 77-A, 77-B, 229-F, 259, 260, 290 y 346, dedicados al tema que traemos entre manos.

Agustín nos asegura que ninguna cosa ora, sino la fe (*ser.* 168,5). Nuestro santo nos exhorta a tener fe, sabiendo que para tener fe tenemos que orar con fe. No estamos ante un jeroglífico o un juego de palabras. No podemos orar con fe sin tener fe, pues ninguna cosa ora sino la fe (*ser.* 168,5). El empezar a creer, el poder perseverar en la fe y el alcanzar la meta, es todo ello una gracia de Dios. Dios corona sus dones, más allá de nuestros méritos, y es importante advertir que no estamos en condiciones de exigirle nada a Dios. Ni siquiera nuestros méritos son nuestros. Los méritos son la obra de la gracia divina que está permanentemente actuando –si no se lo impedimos– en cada uno de nosotros. Esto significa que no podemos gloriarnos en nada. En una frase de mucha densidad teológica el Hiponate advierte cuando está junto a Dios: “*Señor, nada sin ti, todo en ti. Él puede mucho, todo sin nosotros, nosotros no podemos hacer nada sin Él*” (*enar.Psal.* 30,2,1,4).

En el corpus teológico agustiniano la fe es la que capacita a los hombres para creer aquello que no se ve (cf. *ser. Dolbeau* 21,15), y para

education 21/1 (2022). Ejemplar dedicado a: *Good practices and challenges regarding the fostering of resilience in educational settings*, pp. 297-317; PABLO ANTONIO MORILLO REY, *Saint Augustine. Motif for the Year of Faith*: *Isidorianum* 21/42 (2012) 241-76; EMERSON DETONI, *Santo Agostinho, Fé, Esperança e Caridade*: *Mirabilia: Electronic Journal of Antiquity, Middle & Modern Ages* 11 (2010); ENRIQUE A. EGUIARTE BENDÍMEZ, *El “De utilitate credendi” de san Agustín: “protoconfesiones”, profesión de fe y apología*: *Augustinus* 61/242-243 (2016) 287-337; CARLOS NOVELLA GARCÍA, *Las cualidades del maestro según la pedagogía agustiniana en Confesiones, De catechizandis rudibus, De magistro y De doctrina christiana (Tesis)*, Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir, Valencia 2013; NELLO CIPRIANI, *La autonomía de la voluntad humana en el acto de fe: las razones de una teoría acogida primero y rechazada después por San Agustín*: *Augustinus* 57-/226-227 (2012) 281-293.

brindar un asentimiento cordial a las realidades que tienen que ver con Dios. A pesar de que nosotros no vemos a Dios con los ojos físicos, la virtud teologal de la fe nos asegura que Dios está ahí, con nosotros. Es una certeza espiritual, que va más allá de lo que nos aseguran los sentidos corporales. La fe es capacidad y es virtud teologal. Nos convence de la existencia de realidades espirituales ciertas, que se sitúan más allá de elementos empíricos experimentables por los sentidos. Estas realidades cognoscibles por medio de la fe son eternas ¹².

En verdad, la fe para Agustín es, ante todo, un don de Dios ¹³. Es una luz salvadora, que nos llega como un regalo gratuito, portador de vida eterna. El creer es una gracia venida de lo alto ¹⁴. Los términos *fides* y *credere* son utilizados con mucha frecuencia en los escritos del santo, tal y como puede verse en el CAG-2. Ambos términos indican contenidos lingüísticos afines, agrupados semánticamente en torno a la buena fe, a la fidelidad, a la amistad, al crédito dado en relación a lo que se ha dicho, a la credibilidad, a la certeza en el cumplimiento fiel de una promesa ¹⁵...

Estamos convencidos de que el núcleo magnético y aglutinador de todos ellos es la *confianza*. El hombre agustiniano que cree es, ante todo, el hombre que confía. Esta confianza es indicativa de que nos hallamos ante el que es digno de crédito, ante el que no nos engaña ¹⁶. Podemos fiarnos de Dios.

¹² Cf. ENRIQUE ALEJANDRO EGUIARTE BENDÍMEZ, *El clamor del corazón. 10 palabras sobre la oración en San Agustín*, Ed. Agustiniiana, Guadarrama/Madrid 2012, pp. 67-71.

¹³ Así aparece en el *ser.* 229-F,1.

¹⁴ Tal y como Agustín nos señala, en el proceso creyente la gracia precede a la fe, a la voluntad de creer, a la obediencia a Dios y a toda caridad (cf. *persever.* 16,41). Sobre la necesidad de la gracia para la fe, Agustín habla en la *ep.* 186,11,38. Dicha gracia capacita al creyente para que crea voluntaria y alegremente (cf. *c.ep. Pel.* 1,19,37; *ep.* 217,26).

¹⁵ Cf. Puede verse en el *Diccionario* que analiza núcleos del pensamiento de Agustín, por ejemplo, en EUGÈNE TESELLE, *Voz "Fe"*: ALLAN FITZGERALD (DIR.), *Diccionario de San Agustín*, 562-563. Agustín pide que creamos al Omnipotente, porque Él no puede mentir y hará lo que prometió que había de hacer (cf. *civ.Dei* 22,25).

¹⁶ Es evidente que la fe aparece entrelazada con la verdad. Fe y verdad van juntas; por esta razón, como dice el santo, "¿cómo no va a ser mentiroso el que carece de fe?" (*ser.* 189,2).

Caigamos en la cuenta de que el verbo *credere* se asocia, frecuentemente, a otros verbos seguidos por dativo (*cedere, consentire, oboedire, subiugere y committere*)¹⁷. Esto señala que en el creer se acepta una autoridad que está por encima del sujeto cognoscente y creyente¹⁸. La mente creyente está sometida a Dios; esto es lo que ocurrió en el caso de Abraham¹⁹, de María²⁰ y de tantos santos a lo largo de toda la historia de la Iglesia (también, por supuesto, en el caso del hiponense). La razón agustiniana, sin aniquilarse a sí misma, se abre y se somete a la fe²¹. La fe –por lo demás– prepara la razón, y lleva a la sabiduría²² y a la salvación²³.

Y vamos a detenernos ahora en analizar qué significa ser creyente en el pensamiento del Obispo de Hipona. Un creyente es alguien al que Dios ha vocacionado, porque nadie cree si no es previamente llamado; si la misericordia de Dios no se adelanta llamando, nadie puede conseguir la fe²⁴. Por otro lado, también es cierto que no todos los llamados creen, por lo que ha de decirse que el creyente es el que ha dado a Dios el consentimiento propio de su voluntad²⁵.

¹⁷ Cf. De todo ello se nos habla con bastante claridad en EUGÈNE TESELLE, *Voz "Fe"*: ALLAN FITZGERALD (DIR.), *Diccionario de San Agustín*, 564.

¹⁸ Nos hallamos ante una *auctoritas* que apunta directamente a Dios, a la Verdad que ilumina interiormente y cuya presencia se encuentra en las Escrituras canónicas (cf. *ep.* 147,2). No obstante, no tienen fe todos los que oyen la Palabra, sino sólo aquellos a quienes Dios reparte “una medida de fe” (cf. *ep.* 194,10). La predicación de la Palabra es importante, porque la fe viene de la escucha a la misma: es *fides ex auditu* (cf. *enar.Psal.*118,18,3).

¹⁹ Así se constata en el primer libro bíblico: Gn 15,6.

²⁰ Tal y como se muestra en *Trin.* 13,18,23; *ench.* 10,34.

²¹ Sin lugar a dudas es cierto que lo que la razón humana no comprende, lo percibe la fe; donde la razón humana desfallece es donde hace progresos la fe (cf. *ser.* 190,2).

²² Estamos claramente ante una sabiduría que se alcanza por la iluminación de la fe. Se caracteriza por ser una consagración total al mismísimo Dios (cf. LUIGI ALICI, *Agostino tra fede e ricerca: la conversione dell'intelligenza*, Ed. Augustinus, Palermo 1987, 44).

²³ *Util.cred.* 17,35.

²⁴ Cf. *Simpl.* 1,2,7.

²⁵ Cf. *Simpl.* 1,2,7.

Si nos atenemos a los textos del tagastino advertimos que el creyente es, ante todo, alguien que confía y que obtiene así el conocimiento del creyente. El creyente se fía y conoce el mundo desde una mirada nueva y con más hondura. La fe de una persona se cimenta en la autoridad que le merece la persona a la que cree. El creyente es el que primero se fía, para después entender y comprender. En efecto, si no creemos no entenderemos²⁶. Una lectura atenta de las obras del santo deriva en la conclusión de que la fe es una etapa necesaria en el camino del conocimiento. Tener fe no significa tener automáticamente la plena comprensión de todo lo que se desea conocer; el que tiene fe es el que busca comprender, sabiendo que la comprensión sólo se alcanza con la fe (que proviene originariamente de Dios²⁷ y no de nosotros²⁸). El fruto de la fe no es sólo una realidad intelectual; se trata, más bien, de una ofrenda de Dios al hombre. Dios es capaz, mediante este don, de saciarle con la vida divina²⁹.

Desde luego, es evidente que la fe y el entendimiento son algo así como dos caras de una misma moneda agustiniana. En los escritos de Basil Studer al respecto, la fe trinitaria constituye una especie de conocimiento histórico agustiniano. En ella hay que distinguir el *credere* del *intelligere*. El *credere* se relaciona primeramente con una gracia, con un don de Dios; el *intelligere*, por su parte, aparece más bien como un ejercicio antropológico posterior. Es importante, a la hora de captar el alcance de ambas realidades, el conocimiento histórico. Este conocimiento es fundamental para la vida virtuosa y constituye la base de la religión cristiana: nos ayuda a descubrir lo que Jesús hizo históricamente por nosotros. Así se va estimulando nuestro crecimiento dinámico en la fe³⁰.

La virtud teologal de la fe –junto a lo ya expuesto– es un correctivo potente frente al academicismo racionalista; evidentemente el proceso creyente no va contra la razón, pero –siendo un camino de razón–

²⁶ Is 7,9. Agustín se refiere a esto además en su *ser.* 43,5.

²⁷ *Praed.sanct.* 2,5.

²⁸ *Praed.sanct.* 3,7.

²⁹ Cf. *ep.* 157,2,7.

³⁰ Cf. BASIL STUDER, *History and Faith in Augustine's "De Trinitate": Augustinian Studies* 28 (1997) 15-16; 19-21.

nos exhorta razonablemente a creer. La meta que busca la fe es el entendimiento³¹. Creer no es, por tanto, un ejercicio antirracional o irracional. Si deseamos que la fe no quede adulterada, entonces el creyente agustiniano ha de evitar escorarse en el fideísmo endogámico³² que no es capaz de mirar más allá de sí mismo. En este sentido la *ratio* agustiniana adquiere una función purificadora y catárquica³³, permitiendo que resplandezca con limpieza la esencia del verdadero creer. Para Agustín, entonces, el creer y el entender van necesariamente de la mano; por eso asegura que todo el que cree piensa: piensa creyendo y cree pensando³⁴. Agustín pide a Dios que nos libre de pensar que nuestra fe nos impide aceptar o buscar la razón, pues entonces no podríamos creer³⁵.

Al mismo tiempo la fe purifica. La dinámica creyente posee una misión acrisoladora en relación al corazón, con el objeto de que capte y de que soporte la luz de la gran razón³⁶. Es fácil vislumbrar que tenemos aquí una evidente insinuación para el diálogo fecundísimo de la *fides* con la *ratio*.

La fe agustiniana, acompañada de la oración, nos permite alcanzar una visión sobrenatural de nuestra propia vida y de los acontecimientos del mundo en el que estamos viviendo. No estamos ante la fe fiducial de la propuesta luterana más radicalizada, sino ante una fe viva, o ante una fe que actúa por el amor. Aquí está el rasgo dinámico del

³¹ Cf. WILHELM GEERLINGS, *Jesaja 7,9b bei Augustinus. Die Geschichte eines fruchtbaren Missverständnisses: Wissenschaft und Weisheit* 50 (1987) 5ss.

³² Este fideísmo que distorsiona el verdadero acto de fe ha sido denunciado y condenado por Benedicto XVI, al decir que “representa una limitación la actitud de quien hace fuerte hincapié en la prioridad y el carácter decisivo de la fe, subestimando y casi despreciando las obras concretas de caridad y reduciéndolas a un humanitarismo genérico” (BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Cuaresma 2013*, nº 3 / Web: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/lent/documents/hf_benxvi_mes_20121015__lent-2013_sp.html / Consulta: 28.08.2025).

³³ La fe purifica el núcleo de la persona, el corazón, para alcanzar la visión y para conocer la Verdad que nos libertará (cf. *enar.Psal.* 123,2). Cuanto más limpio se halla el espíritu de impurezas, más fácil le resulta la intuición de la Verdad: “hay que purificar para ver” (*util. cred.* 16,34).

³⁴ Cf. *praed.sanct.* 2,5.

³⁵ Cf. *ep.* 120,1,3.

³⁶ Cf. *ep.* 120,1,3.

proceso creyente agustiniano. Estamos ante una fe no estática. Es una fe que nos dinamiza y que nos dirige hacia Dios. Nos orienta y nos impulsa para que vayamos con los demás hacia Dios (*in Deum*). También para que ejerzamos la *diakonía* con los hermanos.

Lamentablemente, aunque todo el mundo desea entender, no todos llegan a un perfecto entendimiento, ya que no todos quieren creer. Hay gente que se cierra a la fe, y que no deja que se active el dinamismo creyente. Agustín asevera lo siguiente: “*No hay nadie que no quiera entender, pero no todos quieren creer. Me dijo un hombre: ‘que yo entienda para que creá’. Yo le respondo: ‘cree para que entiendas’*” (*ser.* 43,4). Y si la fe es una gracia, tendríamos que ubicarnos en esta onda teológica si no queremos correr el riesgo de perecer. La fe posee un dinamismo iluminador muy propio que nos capacita para hacer un ejercicio hermenéutico de nuestra vida desde la perspectiva divina ³⁷.

La fe ayuda mucho a las personas creyentes en medio del ruido, la prisa y el no parar de hacer cosas. Evita el escollo del activismo seco, admitiendo que las obras de la justicia provienen realmente de la fe ³⁸. La salvación que nos ha sido dada no se alcanza por acciones carentes de la estructura, de los nutrientes y de la orientación de la fe.

El hijo de Santa Mónica nos brinda lúcidamente una tipología variada en el campo semántico y en el ámbito del creer: una cosa es *credere Deum* (creer que Dios existe, que Dios es, que Dios no es un absurdo o una invención), otra es *credere Deo* (creer a Dios por la autoridad que tiene) y otra *credere in Deum* (creer en Dios, tener una adhesión personal a Dios, con un movimiento afectivo y cordial). En el creyente maduro las tres acepciones del *credere* han de estar, ciertamente, muy presentes e integradas ³⁹.

³⁷ Cf. ENRIQUE ALEJANDRO EGUIARTE BENDÍMEZ, *El clamor del corazón. 10 palabras sobre la oración en San Agustín*, Ed. Agustiniiana, Guadarrama/Madrid 2012, pp. 72-77.

³⁸ Cf. *gr. et lib.arb.* 7,17.

³⁹ Las coincidencias y discrepancias de las mismas son estudiadas ampliamente en PIERRE THOMAS CAMELOT, *Credere Deo, credere Deum, credere in Deum: Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques* 1 (1941-1942) 149ss. y también en CHRISTINE MOHRMANN, *Credere in Deum: CHRISTINE MOHRMANN, Études sur le latin des chrétiens*, Ed. di Storia e Letteratura, Roma 1958, 195-203. Una variación de esta triple acepción de creer en Dios aparece en el “creer en Cristo”, del que

¿Utilizó el Obispo de Hipona el tema de la fe en sus debates frente a algunos adversarios? Creemos que sí. La fe le sirvió a Agustín para exteriorizar su discrepancia frente a los maniqueos (a los que advierte que la fe asiente a una *auctoritas* reconocida) y también frente a los pelagianos (a los que avisa del carácter voluntario de la *fides*, al tiempo que valora la función de la *gratia*)⁴⁰. En Agustín –además– la fe aparece conectada con las otras dos virtudes teologales. Por ejemplo nos asegura que la fe, para ser realmente valiosa a los ojos de Dios y del prójimo, ha de estar unida a la *caritas*⁴¹, completada por el *amor*. Sólo el amor hace útil la fe⁴². Agustín dice que gran cosa es la fe, pero que no aprovecha sin la caridad⁴³. De poco le sirve la fe a los demonios, ya que en ellos esta fe carece de la caridad⁴⁴. Sin la caridad ningún otro don divino lleva a los creyentes hacia Dios; para que esta caridad actúe poderosa y convenientemente en la vida del creyente, han de estar bien presentes tanto la persona del Espíritu Santo como el don de la gracia que tiene en él su origen⁴⁵. Cuando la caridad existe en el interior del hombre evidencia que Cristo mora en él gracias a la fe⁴⁶.

Agustín habla en el *ser.* 144,2. En esta ocasión no estamos ante una estructura tripartita, sino bipartita: una cosa es creer en la existencia de Cristo (cosa que también hacen los demonios) y otra cosa creer en Cristo (que va unido al esperar en Cristo y al amar a Cristo).

⁴⁰ Cf. EUGÈNE TESELLE, *Voz "Fe"*: ALLAN FITZGERALD (DIR.), *Diccionario de San Agustín*, 566.

⁴¹ Ésta es la fe que justifica, porque se trata de una fe activa gracias al amor (Gal. 5,6). La fe, en efecto, ha de actuarse en obras de dilección, esperando lo que Dios promete (*ser.* 53,11).

⁴² *Trin.* 15,18,32. Hablando del amor unido a la fe, el santo afirma que los demonios carecen de él; ellos sí creen, pero no aman, sino que tiemblan (cf. *ser.* 146,5).

⁴³ *Io.ev.tr.* 6,21.

⁴⁴ *F. et op.* 27ss. En esto se distingue la fe de los demonios de la fe de los buenos creyentes. En el caso de los primeros la fe es sólo una estrategia para evitar a Cristo (*Io.ev.tr.* 6,21; *ep.Io.* 10,1; *ep.* 194,11). En los buenos creyentes, por lo demás, se trata de una adhesión firme y personal (*ep.Io.* 10,1).

⁴⁵ El don del *Pneuma* es el gran Don que viene de Dios: es el Don supremo (*Trin.* 15,18,23), generador de la "fe de la gracia" (*f. et op.* 16,27; 21,38; 27,49) y activador de su misión poderosa (cf. Mt 11,12).

⁴⁶ Ef. 3,17.

La fe se vincula también a la discreción. El buen creyente es el portador de la fe que actúa sin hacer ruido, sin grandes estridencias, discretamente y al margen de exhibicionismos⁴⁷. El creyente agustiniano tiene su fe cimentada en la humildad⁴⁸. Ésta es la fe que busca únicamente la glorificación de Dios⁴⁹, al tiempo que obtiene su plenitud en la justicia⁵⁰ y actúa la justificación⁵¹. Ésta es la fe de los que han nacido de nuevo a una nueva vida, con la identidad insuperable de ser hijos de Dios⁵². Esta fe no es ciega, porque es una fe “con ojos”. Gracias a ellos el hombre ve, en cierto modo, que es verdadero lo que todavía no ve; por ellos ve, con certidumbre, que todavía no ve lo que cree⁵³. La fe es una puerta que lleva a la plenitud salvífica. La fe es, en verdad, necesaria para salvarse; también para ofrecerle a Dios una vida agradable. El cristiano ha de permanecer siempre firme en la fe⁵⁴, consciente de que ésta es la garantía de lo que espera⁵⁵. Si existe ahora la fe, después el creyente estará en pie, lleno de confianza y alegría, escuchando aquello de “*Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre...*”⁵⁶.

¿Y, podemos cuestionarnos, en qué consiste la salvación que viene de la fe? Advirtamos que ésta se caracteriza porque perdona y alcanza la absolución de los pecados; obtiene el don de la filiación adoptiva y

⁴⁷ *Exp. Gal.* 21; *pecc.mer.* 2,32,52.

⁴⁸ Cf. *Io.ev.tr.* 40,8.

⁴⁹ *Ser.* 143,2.

⁵⁰ *Perfiust.* 8,18.

⁵¹ *Ser.* 143,2. También habla de la justificación por la fe en *praed.sanct.* 7,12.

⁵² *Jn* 1,12.

⁵³ Cf. *ep.* 120,2,8. En esta carta, Agustín pide no quedarse simplemente en el creer, sin más; la verdadera fe ha de ir más allá, anhelando ardientemente el entendimiento y la comprensión. La fe abre la puerta al entendimiento (*ep.* 137,4,15). El santo muestra sus cautelas ante la fe de corte intelectualista y prefiere vincularla tanto a la esperanza como a la caridad. Dice, en algún momento, que la fe es sostenida y no desfallece gracias a la esperanza y al amor (*ser.* 359-A,4). La fe ha de ser piadosa, unida a la esperanza alegre y a la caridad sencilla, para que se dé la confianza del hombre “en los buenos maestros del cristianismo católico” (cf. *util.cred.* 18,36).

⁵⁴ Cf. *ser.* 346-B,4.

⁵⁵ *Ser.* 359-A,3.

⁵⁶ Cf. *ser.* 127,1 .

otorga el regalo de la herencia divina, disfrutada junto a Cristo⁵⁷. En efecto, creer es tocar con el corazón a Cristo⁵⁸; por la fe Él inhabita en nosotros⁵⁹. El Señor es el cimiento de la fe: ésta es un edificio construido gracias a su resurrección⁶⁰. Todo lo que no procede de la fe es pecado⁶¹ y es preciso tener en cuenta que, sin la verdadera fe, incluso las buenas obras pierden su valor religioso y se convierten también en pecados⁶².

3. LA FE CONDUCE –CON SEGURIDAD TEOLOGAL– LA VIRTUD DE LA ESPERANZA

La esperanza y la fe van siempre juntas en el pensamiento de Agustín. En las páginas precedentes nos hemos preguntado: ¿qué es la fe para San Agustín? Después de haber reflexionado un poco, hemos ahondado en el significado teológico que esta virtud teologal⁶³ posee en el *corpus* teológico agustiniano. Hemos podido comprobar cómo la fe es una guía cristiana para no perdernos. La fe nos ilumina para que no nos salgamos del camino de la voluntad de Dios, y la clave para que esto pueda materializarse es que podamos contemplar y seguir el

⁵⁷ Cf. *ser.* 143,2.

⁵⁸ Cf. *ser.* 229-L,2.

⁵⁹ Cf. *ser.* 260-E,2; *f. et op.* 14,27.

⁶⁰ Cf. *ser.* 234,2. Él ahora, desde el cielo, edifica nuestra fe (*ser.* 235,4).

⁶¹ Rom. 14,23.

⁶² *C.ep.Pel.* 3,5,14. En este sentido, Agustín es bastante duro con los paganos y con sus virtudes. Si no hay fe y si no hay gracia lo humano se devalúa. El santo es duro con los paganos; critica, incluso, sus virtudes paganas. Dice que son signo de lo hecho a medida humana. Dice que habrá que sacarlas de la tierra extraña en que crecen, para llevarlas a la verdadera patria donde han de enraizarse. Si se reorientan serán legítimas virtudes (cf. SATURNINO ÁLVAREZ TURIEÑO, *San Agustín: La moral y la política*; JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO (EDS.), *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy (I). La filosofía agustiniana*, Ed. Edicep, Valencia 1998, 695). Para Agustín, en la vida pagana, las virtudes son sólo vicios disimulados, ya que sólo por la gracia de Cristo pueden darse virtudes verdaderas (cf. JOSEP VIVES, *Agustín: sólo salva la gracia de Cristo. Las virtudes de los paganos*: Estudios Eclesiásticos 70 [1995] 311 y 312).

⁶³ Virtud que, por otro lado, aparece interconectada con la esperanza y con el amor (cf. *ser.* 144,2).

modelo de otros creyentes que nos han precedido y que nos sirven de segura inspiración.

Es cierto que no tenemos que esperar cualquier cosa, y no menos cierto es que no hemos de esperar de cualquier persona. Nuestra esperanza, por tanto, ha de ser educada para que –permaneciendo teocéntrica– a la postre nunca nos defraude⁶⁴. La fe conduce, orienta, dirige y guía la esperanza; la protege, la nutre y la evangeliza para que no derive en supersticiones extrañas.

La fe agustiniana es el alimento espiritual para una vida esperanzada. Tiene la virtualidad de unir a Cristo con los cristianos⁶⁵. Gracias a ella Cristo navega hoy en el corazón del hombre, iluminando sus ceguerras y sanando sus heridas⁶⁶. La fe está presente como requisito previo en la búsqueda y en la invocación de Dios; emerge en la persona en la dinámica interna de su plegaria orante⁶⁷. Gracias a la fe el propio Cristo, inhabitante en el alma, encuentra la posibilidad de instruir al hombre que espera desde el interior⁶⁸.

La fe agustiniana es, también, la medicina destinada a curar el ojo del espíritu. Ella se constituye en fortaleza inexpugnable para la defensa de todos, especialmente de los débiles, contra el error. Al mismo tiempo la fe es el nido donde se echan las plumas para los altos vuelos del espíritu y el camino corto que permite conocer pronto, con seguridad y sin errores, las verdades que conducen al hombre a la sabiduría⁶⁹. Estamos –como anotábamos antes– ante una facultad humana

⁶⁴ Hemos de ser conscientes de que, en cualquier momento o edad de la vida, la vida es susceptible de seguir creciendo y madurando: los niños pueden crecer, los adolescentes pueden crecer y –también– los adultos pueden crecer en esperanza (cf. IMANOL LARRÍNAGA BENGOCHEA, OAR, *La esperanza en San Agustín*: Cuadernos de espiritualidad agustiniana 17, Ed. FAE, Madrid 2003).

⁶⁵ ANDRÉS MANRIQUE, *Presencia de Cristo en los corazones por la fe* (Ef. 3,17), según *San Agustín*: Revista Agustiniana de Espiritualidad 14 (1973) 54-56.

⁶⁶ ANDRÉS MANRIQUE, *Presencia de Cristo en los corazones por la fe* (Ef. 3,17), según *San Agustín*: Revista Agustiniana de Espiritualidad 14 (1973) 42-51.

⁶⁷ IGNACIO FALGUERAS SALINAS, *De la razón a la fe por la senda de Agustín de Hipona*, Ed. Eunsá, Pamplona 2000, pp. 163-164.

⁶⁸ ARTHUR HILARY ARMSTRONG – ROBERT A. MARKUS, *Fe cristiana y filosofía griega*, Ed. Herder, Barcelona 1964, p. 79.

⁶⁹ JUAN PABLO II, *Carta Apostólica “Augustinum Hipponensem”*, 2,1.

que tiene “sus propios ojos” con los que ve que es verdadero lo que todavía no ve ⁷⁰.

A modo de síntesis teológica vamos, ahora, a recapitular lo que consideramos más granado del pensamiento de Agustín sobre la fe que vive el hombre esperanzado dentro de la Iglesia Católica:

- *En la Iglesia la fe genera un dinamismo en el hombre esperanzado.* La fe nos dinamiza internamente y nos ayuda a vivir: por la fe se va plenificando nuestra vida (ahora) para llegar a la perfección (después). La fe constituye hombres valientes en la tribulación temporal, para que no perezcan desesperados en la debilidad mortal ⁷¹. La fe no es solamente una ayuda para vivir esperanzados en el espacio y en el tiempo; es una senda que desemboca en la vida eterna, bienaventurada y feliz. Es cierto que la fe nos sostiene ahora en el camino y nos orienta con seguridad hacia la patria final ⁷². Es tan importante la fe que, si llegara a dormirse en nosotros, necesitaríamos que el Señor nos despertara del letargo ⁷³. El acto de fe (*fides qua creduntur*) está vinculado a unos contenidos de fe (*fides quae creduntur*); el primero es variable y puede ser erróneo ⁷⁴, mientras que los segundos son fijos y universales, transmitidos por la Iglesia.
- *En la Iglesia la fe activa la esperanza para conocer de un modo nuevo.* El verdadero creyente irá obteniendo, de forma progresiva y esperanzada, el don de conocer comprensivamente lo que cree (*fides quaerens intellectum*). La fe, de hecho, se desarrolla en el hombre de forma paulatina ⁷⁵. La fe tiene una fase en la que se cree lo que

⁷⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Carta Apostólica “Augustinum Hipponensem”*, 2,1.

⁷¹ Cf. *enar.Psal.* 118,21,4, v.92.

⁷² Cf. *ser.* 88,4.

⁷³ Cf. *enar.Psal.* 25,2,4. Afirma Anne Marie la Bonnardière que puede establecerse un paralelismo teológico entre Cristo dormido en la barca (Mt. 8,24-26) y el hombre que vive con un olvido de fe. Es preciso “despertar esa fe” (cf. ANNE MARIE LA BONNARDIÈRE, *La tempête apaisée*: ANNE MARIE LA BONNARDIÈRE [DIR.], *Saint Augustin et la Bible*, Ed. Beauchesne, Paris 1986, pp. 147-148).

⁷⁴ Cf. *Trin.* 13,3,5.

⁷⁵ Es evidente que no es lo mismo tener una fe inicial que haber llegado a una fe consumada; lo que sí es cierto es que, en ambos casos, estamos ante dones de Dios (cf. *praed.sanct.* 8,16).

no se entiende; este paso, para el hiponense, es tenido por una predisposición. ¿Y para qué sirve tal predisposición? Sirve como preparación para llegar a entender. Si no creemos nunca entenderemos ⁷⁶, porque nos faltará la aptitud necesaria. En este sentido, la fe tiene una misión purificativa, saneadora, orientada a que el hombre esperanzado se vea lleno de inteligencia ⁷⁷. La fe no es un ejercicio contrario a la vía del pensamiento; Agustín reconoce que creer no es sino pensar con asentimiento (*cum assentione cogitare*). La fe es amiga de la actividad intelectual y pensante, hasta tal punto que Agustín se muestra convencido de que una fe que no sea pensada no es verdaderamente fe ⁷⁸. Por lo demás, el creyente va poco a poco creciendo en la autoconciencia de su pequeñez: el objeto de su entendimiento es imposible de abarcar, de comprender del todo. La famosa frase agustiniana *si comprehendis non est Deus* ⁷⁹ no deja dudas al respecto. Podemos decir que, en parte, la fe difiere del conocimiento porque el segundo se basa en la presencia de lo visto o entendido, mientras que la primera implica su ausencia ⁸⁰.

- *En la Iglesia la fe no desconecta jamás a los creyentes del escenario histórico en el que viven.* La luz de la fe contribuye a hacer una correcta hermenéutica de la historia y de sus acontecimientos concretos. Nos impele a vivir con esperanza. Según Agustín, los cristianos están en mejor situación gnoseológica que los filósofos para acometer esta tarea, porque éstos no razonan sobre las verdades eternas desde hechos temporales y no utilizan ningún método histórico. Tampoco poseen la purificación de sus razonamientos, ya que ésta presupone la fe. El santo habla de una *cognitio historica*, cuyos principales elementos son la *fides* y la *cogitatio*. El hiponense distingue entre la *fides historica* y la *fides spiritualis*. Agustín se muestra convencido de que por la *fides historica* tenemos acceso a los hechos del pasado; esta *fides* se relaciona con lo que está escrito, y con lo que

⁷⁶ Y es que la fe ha de preceder y anteceder a la inteligencia y al conocimiento (*ser.* 139,1).

⁷⁷ Cf. *Io.ev.tr.* 36,7.

⁷⁸ Cf. *praed.sanct.* 2,5.

⁷⁹ *Ser.* 117,5.

⁸⁰ *Ep.* 147,7,10,30.

puede ser suscrito por un no cristiano. Pero estos hechos narrados se vinculan con una realidad más alta. Esta realidad superior (con sus conceptos) es creída por la *fides spiritualis*. Ésta es la más sublime y siempre está unida a la *caritas*⁸¹.

- *En la Iglesia la fe nos permite esperar la visión gozosa y beatífica de Dios.* En esta vida es necesario que permanezcamos esperanzados y ligados a la fe, para que no nos avergoncemos ante el Dios que veremos⁸². Hemos de estar convencidos –con Agustín– de que la fe cristiana desemboca en la visión⁸³. Sólo en ese momento hallaremos el descanso⁸⁴. La visión es la meta y el premio de la fe⁸⁵. Ahora nos toca creer lo que aún no vemos, esperando y amando la futura visión⁸⁶. Dios no nos da ahora la visión para que nuestro trabajo sea una obra meritoria⁸⁷. El santo nos pide que no busquemos el salario antes del trabajo⁸⁸. Si ahora nos encontramos en el tiempo de la fe, después llegará la hora del gozo visual de lo creído⁸⁹. La certeza de la futura visión nos ayuda a esperar y a perseverar en la peregrinación en la que aún no contamos con la presencia del Señor; en este mundo todavía no lo vemos con los ojos de la carne⁹⁰. ¿Y en qué consistirá esta futura “visión” de

⁸¹ Cf. BASIL STUDER, *History and Faith in Augustine's "De Trinitate"*: Augustinian Studies 28 (1997) 13-18.

⁸² Cf. *ser.* 119,7.

⁸³ En este mundo conocemos en la fe, pero todavía no vemos. En Agustín, fe, conocimiento y visión se relacionan, pero no se confunden ni se intercambian. Según Thonnard toda visión es un conocimiento pero no hay una implicación inversa; asevera que la fe es un conocimiento, pero no es que sea –en sí– una visión (cf. FRANÇOIS THONNARD, *La notion de lumière en philosophie augustinienne*: Recherches Augustiniennes 2 [1962] 156-157). Y es que, para el hiponense, la visión llegará más tarde.

⁸⁴ Cf. *enar.Psal.* 93,29.

⁸⁵ *Ser.* 359-A,3.

⁸⁶ Cf. *ep.* 120,2,8.

⁸⁷ Cf. *ser.* 24,4.

⁸⁸ *Ser.* 2,2.

⁸⁹ *Io.ev.tr.* 3,20.

⁹⁰ Cf. *Trin.* 1,8,17.

Dios? El santo, superando a Plotino ⁹¹, nos asegura que disfrutaremos con “la visión clara de su esencia”. Ésta será la recompensa y el galardón para los que ahora se mantienen fieles ⁹². El premio final significa, nada más y nada menos, que los creyentes podrán (podremos) gozar eternamente en la contemplación purísima y ardentísima de Dios, en medio de un silencio reverencial ⁹³.

- *En la Iglesia la fe nos educa para esperar la vida eterna, que es la verdadera vida.* El Papa Benedicto XVI, en su Carta encíclica *Spe salvi*, cita ampliamente a San Agustín (*ep.* 130) para ilustrarnos sobre qué significa la “vida eterna”. Veamos lo que nos dice el Papa alemán al respecto en los números 11 y 12 de esta encíclica ⁹⁴:

“Y ¿qué significa verdaderamente «eternidad»? Hay momentos en que de repente percibimos algo: sí, esto sería precisamente la verdadera «vida», así debería ser. En contraste con ello, lo que cotidianamente llamamos «vida», en verdad no lo es. Agustín, en su extensa carta sobre la oración dirigida a Proba, una viuda romana acomodada y madre de tres cónsules, escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la «vida bienaventurada», la vida que simplemente es vida, simplemente «felicidad». A fin de cuentas, en la oración no pedimos otra cosa. No nos encaminamos hacia nada más, se trata sólo de esto. Pero después Agustín dice también: pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que deseamos, lo que quisiéramos concretamente. Desconocemos del todo esta realidad; incluso en aquellos momentos en que nos parece tocarla con la mano no la alcanzamos realmente. «No sabemos pedir lo que nos conviene», reconoce con una expresión de san Pablo (Rm 8,26). Lo único que sabemos es que no es esto. Sin embargo, en

⁹¹ Es evidente que, en el tema de la visión, Agustín trasciende la filosofía plotiniana. No olvidemos que Plotino hizo una interpretación intelectualista de la visión; la interpretación de Agustín es esencialmente creyente. En los neoplatónicos el ascenso y el retorno son claves principales para la visión, mientras que -para Agustín- Cristo Salvador tiene una misión propia y salvífica para nuestra visión (la identidad y la misión propias del Salvador, en la doctrina eclesial, las encontramos en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 389, 846, 1019, 1359, 1507, 1584, 1741 y 1846). El objeto de la visión agustiniana es el Dios de Jesucristo. En lo que sí están de acuerdo Plotino y Agustín es en que “el ojo intelectual ha de ser purificado y fortalecido”; sólo de esta manera se hace idóneo y apto para ver (cf. ROBERT JOHN O’CONNELL, *Faith, Reason and Ascent to Vision in St. Augustine*: *Augustinian Studies* 21 [1990] 88-105).

⁹² Cf. *ser.* 24,4; *enar.Psal.* 109,8.

⁹³ Cf. *cat.rud.* 25,47.

⁹⁴ Disponible en www.vatican.va / Consulta: 16.03.2025.

este no-saber sabemos que esta realidad tiene que existir. «Así, pues, hay en nosotros, por decirlo de alguna manera, una sabia ignorancia (docta ignorantia)», escribe. No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta «verdadera vida» y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados.

Pienso que Agustín describe en este pasaje, de modo muy preciso y siempre válido, la situación esencial del hombre, la situación de la que provienen todas sus contradicciones y sus esperanzas. De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. No podemos dejar de tender a ello y, sin embargo, sabemos que todo lo que podemos experimentar o realizar no es lo que deseamos. Esta «realidad» desconocida es la verdadera «esperanza» que nos empuja y, al mismo tiempo, su desconocimiento es la causa de todas las desesperaciones, así como también de todos los impulsos positivos o destructivos hacia el mundo auténtico y el auténtico hombre. La expresión «vida eterna» trata de dar un nombre a esta desconocida realidad conocida. (...) Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo –el antes y el después– ya no existe. Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría. En el Evangelio de Juan, Jesús lo expresa así: «Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría» (16,22). Tenemos que pensar en esta línea si queremos entender el objetivo de la esperanza cristiana, qué es lo que esperamos de la fe, de nuestro ser con Cristo”.

4. PREGUNTA Y CONCLUSIONES:

¿ES LA ESPERANZA UNA COMPAÑERA INSEPARABLE
DE LA FE EN LA TEOLOGÍA DE SAN AGUSTÍN?

Anotábamos en el inicio del artículo que en las obras de San Agustín la esperanza y la fe aparecen como virtudes conectadas y –a veces– da la sensación de que son intercambiables. Mirándolas por separado podríamos preguntarnos: ¿están conectadas habitualmente o no la fe y la esperanza?; ¿discrepan en algo?; ¿coinciden normalmente en algunos puntos? En la obra *Enchiridion ad Laurentium* 2,8 Agustín nos da la respuesta. En primer lugar, vemos la conexión que Agustín encuentra

entre las tres virtudes teologales: *“Y viniendo ahora al amor, sin el cual nada aprovecha la fe, ¿qué he de decir? La esperanza no puede existir sin el amor; pues, como dice el apóstol Santiago, también los demonios creen y tiemblan y, no obstante, ni esperan ni aman; sino más bien, lo que nosotros por la fe esperamos y amamos, ellos temen que se realice: por esto mismo, el Apóstol aprueba y recomienda la fe que obra por la caridad, la cual no puede existir sin la esperanza. Por consiguiente, ni el amor existe sin la esperanza, ni la esperanza sin el amor, y ninguna de las dos sin la fe”*. Este texto evidencia que, para Agustín, la esperanza y la fe van siempre juntas.

En cuanto a las discrepancias y coincidencias entre la fe y la esperanza, el Obispo de Hipona advierte también en *ench.* 2,8:

“Hay, por tanto, fe de cosas buenas y malas, ya que las buenas y las malas son de igual modo creídas, y esto con fe buena, no mala. Existe también la fe sobre cosas pasadas, presentes y futuras; y así creemos que Cristo murió -que pertenece al pasado-, creemos que está sentado a la diestra del Padre- que es presente- y creemos que vendrá a juzgar -cosa futura-. Asimismo hay fe acerca de cosas propias y ajenas. En efecto, todos creemos que hemos empezado a existir en algún momento, y que no hemos existido siempre, y lo mismo de los demás hombres, y así creemos otras muchas cosas; del mismo modo, no sólo creemos acerca de los hombres muchas cosas que se refieren a la religión, sino también acerca de los ángeles.

La esperanza no versa sino sobre cosas buenas y futuras y que se refieren a aquel de quien se afirma que posee la esperanza de ellas. Siendo esto así, del mismo modo que la fe y la esperanza se distinguen por su término, así también, por estas causas, debe mediar entre ellas una distinción racional. La fe y la esperanza coinciden en que tanto el objeto de la una como el de la otra es invisible. Por esto, en la epístola a los Hebreos -de la cual han usado como testigo ilustres defensores de la doctrina católica- se denomina la fe convicción de lo que no vemos. Con todo, cuando alguno dice que no creyó, esto es, que no dio crédito ni a las palabras, ni a los testigos, ni, finalmente, a ninguna clase de argumento, sino a la misma evidencia de las cosas presentes, no parece esto de tal modo absurdo que pueda ser reprendido justamente por sus palabras y pueda decirse: viste, luego no creíste; no se sigue de aquí, por tanto, que todo lo que se ve, no sea posible creerlo. No obstante, más bien llamamos fe la que nos enseñan las Escrituras divinas, es decir, la de las cosas que no se ven. Acerca de la esperanza dice también el Apóstol: la esperanza que se ve, ya no es esperanza, porque lo que uno ve, ¿cómo esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos. Luego cuando alguno cree que ha de poseer bienes futuros, no hace otra cosa que esperarlos”.

En Agustín la esperanza es una virtud destinada a crecer y a desarrollarse gradualmente en el tiempo. La plenitud elpídica se alcanzará más allá del tiempo, al llegar al *sabbatum vitae aeternae* (día para reposar en el Señor). Significa la idea de soportar y tener paciencia confiada (esperanza de la cultura clásica) y además el esfuerzo del cristiano en la vida temporal (del *homo viator*) en vista de la eternidad. Algunos especialistas han presentado a Agustín como a un Padre orientado sólo hacia las cosas últimas, que llega a relativizar de manera excesiva la realidad presente. Otros han identificado la doctrina agustiniana del alejamiento de los bienes temporales con una actitud de pura indiferencia. Podría provocar –según ellos– una actitud de desapego frente a lo temporal, o una mera ocasión de prueba, dejando sin verdadera justificación a la ciudad cívica. Otros critican a Agustín por su estructura escatológica, que tiende a denigrar el mundo y la vida presente, promoviendo un conformismo frente al sufrimiento paralizante ⁹⁵.

En el pensamiento de Agustín se ha delineado el retrato de un cristiano como aquel que –viviendo en la fe y en la esperanza– es forastero y peregrino. Esta categoría se puede encontrar en la Sagrada Escritura y también en *Ad Diognetum*, que define a los cristianos como a “extranjeros residentes” (πάροικοι), que son a su vez ciudadanos del cielo. Con esta inspiración, Agustín de Hipona ve al cristiano como a un exiliado, un forastero, un viandante, siempre en camino hacia la patria; la vida terrena es vista como un viaje, una peregrinación en el desierto del mundo o una navegación en el mar agitado de la vida (así lo interpreta N. Cipriani) ⁹⁶.

Por otro lado, la vida terrena no se reduce a una eterna cuaresma, llena de días estrechos y dolorosos. Ya desde ahora estamos llamados a prepararnos a la perfectísima alabanza de la vida futura. Esto es, precisamente, lo que creemos y esperamos. Nos hace falta ejercitarnos *in bonis operibus*, buscando la paz siempre, a partir de los muros domésticos, en el trabajo, con los amigos y los enemigos... La paz con Dios es posible tenerla también en el tiempo mediante la fe y la esperanza, sabiendo

⁹⁵ Cf. GRAZIANO MARIA MALGERI, *Fundamento antropológico de la esperanza en San Agustín*: Augustinus 63/248-249 (2018) 155-159.

⁹⁶ Cf. GRAZIANO MARIA MALGERI, *Fundamento antropológico de la esperanza en San Agustín*: Augustinus 63/248-249 (2018) 164-165.

que en el futuro se tendrá en la visión. Esta paz es más como un alivio de la infelicidad que como un gozar de la felicidad (cf. *civ.Dei* 19,27)⁹⁷.

La esperanza cristiana -y la agustiniana- se basa en la promesa que Dios brinda a los creyentes. Dios se abaja sobre el hombre creado por él mismo para redimirlo. En la muerte y sangre de Cristo ya nos ha dejado una prenda de dicha promesa. Cristo es nuestro guía y nuestra esperanza; nos lleva como camino y nos conduce hacia Él, pues es nuestra patria. Dios no nos desprecia y se ha constituido en nuestra esperanza. En Él vemos nuestros esfuerzos y nuestra recompensa; nuestros esfuerzos en la pasión y nuestra recompensa en la resurrección. Los creyentes hemos de soportar pacientemente la vida que ahora vivimos y conseguiremos la vida que esperamos y que aún no tenemos. La esperanza nos asegura la salvación de la muerte eterna; aquí en la tierra nos libra de los diversos enemigos tanto internos como externos que amenazan a los creyentes. En la tierra, Cristo aparece como *petra* sobre la cual es edificada la Iglesia; también es la *turris* en la que nos podemos refugiar frente a los asaltos del diablo⁹⁸.

Graziano Maria Malgeri advierte que la esperanza agustiniana genera unos frutos positivos. Produce efectos benéficos, como el gozo que nutre, fortifica, consuela e impulsa al canto del Aleluya a aquellos que están *spe gaudentes*; también activa la liberación del apego exagerado a los bienes del mundo, que aunque sean atrayentes, son pasajeros. Las cosas bellas, de hecho, «nacen y se desvanecen: naciendo comienzan, por así decir, a existir, crecen para madurar, y apenas han madurado envejecen hasta morir. No todas envejecen, pero todas mueren»; por tanto es preciso no absolutizarlas, sino más bien gozar de ellas, de tal modo que nos hagan gustar una unión íntima con Dios. De la esperanza proviene la fuerza necesaria para que los creyentes venzan las tentaciones sin desanimarse frente al pecado, en vista de que es mejor estar en conflicto con los vicios que ser dominado sin conflicto. Es mejor la guerra con la esperanza (*bellum cum spe*) de la paz eterna, que la prisión sin el pensamiento de la liberación. Por lo demás, la

⁹⁷ Cf. GRAZIANO MARIA MALGERI, *Fundamento antropológico de la esperanza en San Agustín*: Augustinus 63/248-249 (2018) 167.

⁹⁸ Cf. GRAZIANO MARIA MALGERI, *Fundamento antropológico de la esperanza en San Agustín*: Augustinus 63/248-249 (2018) 167-169.

esperanza libra a los creyentes tanto de la desesperación como de la presunción. Agustín nos exhorta a vivir rectamente, a comportarnos como peregrinos, a progresar en el amor... No está esto alejado del esfuerzo cotidiano, nutrido del deseo de la fe en un regreso del Señor que nos es desconocido. La vida misma sobre esta tierra está ontológicamente impregnada de esperanza para posteriormente convertirse en eternidad⁹⁹.

Luis Arias, hablándonos de la esperanza en San Agustín, asevera que esperamos que todos los miembros del cuerpo de Cristo sean exaltados al lugar donde se halla ya nuestra cabeza. Alcanzar esto supone la conversión del hombre infatuado de sí mismo hasta el endiosamiento, para seguir el modelo del *Christus humilis*. La esperanza cristiana tal y como la interpreta Agustín es cierta, inmutable, segura y verdadera, todo un antídoto frente a la incertidumbre angustiosa del esperar humano encerrado en la inmanencia. Los creyentes poseemos las arras, por lo que hemos de esperar el premio que nos ha sido prometido por el mismísimo Dios. Si esperamos aquí, gozaremos allí; aunque tengamos hambre y sed aquí, seremos saciados allí. La resurrección de Cristo es anticipo y posibilidad de nuestra futura *anástasis*, sabiendo que en Cristo está nuestra primicia. La virtud de la esperanza es la que pone la melodía del consuelo en el corazón del creyente peregrino. Una esperanza que, sin temor, puede degenerar en la presunción del soberbio; por otro lado, el temor sin esperanza nos despeñaría en la sima de la desesperación. El temor filial es el que reequilibra la virtud.

Estamos llamados a temer el poder de Dios, y a amar su misericordia. No presumamos los creyentes de su misericordia, hasta el desprecio de su poder; no temamos su poder hasta la desconfianza de su misericordia. Eso sí, pongamos nuestro gozo en las cosas de allá arriba, pensando en los bienes del cielo, siendo trabajadores de la eternidad, permaneciendo humildes, mansos, santos, justos, piadosos y ciudadanos, en esperanza, de la ciudad iluminada por Cristo. Entonces los creyentes, sedientos de Dios, tenderemos hacia Dios, con alegría, confianza y sin arredrarnos a causa de las dificultades. Gracias a la esperanza

⁹⁹ Cf. GRAZIANO MARIA MALGERI, *Fundamento antropológico de la esperanza en San Agustín*: Augustinus 63/248-249 (2018) 170-190.

somos amamantados, nutridos, robustecidos y consolados. Ya que ella misma es en sí un anticipo del cielo, nos dona el gozo del que camina por las rutas de la luz ¹⁰⁰.

En medio de las fatigas del mundo, nuestro obispo nos invita a la fe y a la paciencia, en orden a custodiar la esperanza de la vida futura. No hay que ofrecer resistencia a la voluntad de Dios, pues el yugo que la acompaña es ligero y su carga es leve. En este tono comportamental se pueden amar los consuelos de Dios y soportar los azotes que nos lleguen, con el fin de esperar –por la paciencia– lo que no vemos. Un modelo cristológico inestimable, a este respecto, es el icono de Cristo en tanto que obediente; su obediencia fue única, en cuanto que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo. La pasión crística es para nosotros -los creyentes- un ejemplo de paciencia para caminar en él. Somos el cuerpo de un organismo espiritual que tiene a Cristo por Cabeza (aquí está el *Christus Totus* agustiniano). El objeto de nuestra esperanza (la victoria) se ha realizado ya en la Cabeza, y esperamos pacientemente que un día se realice también en el cuerpo crístico.

Si seguimos los consejos de nuestro Padre Agustín, entonces nos transformaremos en hijos de la resurrección, en conciudadanos de los ángeles, en herederos de Dios y coherederos con Cristo. A los creyentes se nos pide andar por el camino estrecho que lleva derecho a la gran Jerusalén celeste. Se nos pide que las malas conversaciones no corrompan nuestras buenas costumbres. Se nos pide esperar con firmeza lo que creemos y no vemos, y con paciencia lo que todavía no tenemos. Junto a nosotros está el que nos lo ha prometido y Él es veraz.

Somos aspirantes que desean llegar al cielo con la ayuda de la gracia de Dios. Mientras estamos en la tierra, nos toca contagiar esperanza, admitiendo que así contribuiremos con nuestro granito de arena a la transformación del mundo. Mantengamos siempre encendida la llama de la esperanza, hasta que Cristo sea Cabeza de todo (Ef 1,10) y alcancemos la *anakephalaiosis* (recapitulación de todo en Cristo) tan valorada por San Ireneo de Lyon. En Cristo ya se ha completado lo que los creyentes esperamos como prometido (cf. *c.Faust.* 11,7). Él se

¹⁰⁰ Cf. LUIS ARIAS, *La esperanza en san Agustín. Mensaje al hombre contemporáneo*: Augustinus 12/45-48 (1967) 51-75.

ha encarnado y ha habitado entre nosotros para que esperemos en la protección de sus alas (cf. *ser.* 1,5).

La esperanza es el ancla, que nos auxilia para que no nos hundamos en las aguas peligrosas de este mundo: *“Al parecer vas fluctuando en el mar, pero te recibe el puerto. Tú procura, antes de entrar en el puerto, no desasirte del áncora. Zozobra la nave amarrada a las áncoras, pero es arrojada cerca de la tierra; tampoco su agitación durará siempre, pues es temporal. A esta agitación se refieren las palabras anteriores: he padecido tristezas y turbación en mi prueba. Esperaba al que me salvase de la cobardía y de la tempestad. Hablé en medio de la fluctuación, pero ésta tendrá su fin, porque está sujeta al áncora que es la esperanza”* (enar.Psal. 54,24).

La esperanza cristiana nos invita a los creyentes a ser humildes: *“Nadie debe estar seguro en esta vida, que ha sido definida en su totalidad como una prueba, puesto que quien de peor se hizo mejor puede también degenerar de mejor en peor. La única esperanza, la única confianza, la única promesa firme es tu misericordia”* (conf. 10,32,48). Es una esperanza enteramente dependiente de Dios, en quien está radicada: *“Toda esperanza radica en la grandeza inmensa de tu misericordia. Dame lo que mandas y manda lo que quieras”* (conf. 10,29,40). Es la esperanza que nos fortalece, nos consuela y anima nuestro canto: *“Mirad que la esperanza nos amamanta, nos nutre, nos robustece, y en esta vida trabajosa nos consuela; esa misma esperanza nos hace cantar el aleluya. Mirad cuánto gozo nos da”* (ser. 255,5).

Hablamos de una esperanza que colma nuestros anhelos y que tiene sabor a plenitud: *“Busquemos nosotros una esperanza que no nos engañe, sino que satisfaga todos nuestros deseos, de modo que no pueda darse otro bien mayor. ¿Cuál es, pues, la cosa que, al venir a nuestro alcance, hará cesar toda otra esperanza, porque será la plenitud de lo deseable? ¿Qué será ello? ¿Será la tierra? No. ¿O algo que de ella nace, como el oro, la plata, las plantas, las mieses, el agua? Nada de estas cosas que nos deleitan, porque son hermosas y útiles. Tú busca al Creador, porque Él es tu esperanza; ahora lo esperamos, después lo poseeremos; ahora la esperanza del que cree, después será el gozo de la visión”* (ser. =Denis 22,2-3). Entonces estamos llamados día y noche a poner nuestra esperanza en Dios, que da lo que promete, lo cual nos exhorta a confiar en Él: *“Confía en Dios: Él siempre da lo que promete. Sabe lo que promete porque es la Verdad. Puede otorgarlo porque es la omnipotencia.*

Dispone de ello porque es la Vida misma. Ofrece todas las garantías porque es la eternidad” (enar.Psal. 35,13).

En el camino de la fe esta dinámica espiritual no la experimentamos solos. Hallamos compañeros que son peregrinos esperanzados que suspiran; hemos de unirnos a ellos, corriendo con los que compartimos los mismos sentimientos (cf. *ep.Io.* 10,2). Si los premios que esperamos tardan en llegar recordemos lo siguiente: “*Dios, aplazando el premio, ensancha el deseo, extendiéndolo, dilata el espíritu y le da mayor capacidad. Cultivemos, pues, el deseo en espera de su plenitud*” (*ep.Io.* 5,6).

Y vamos a terminar nuestro artículo fijándonos en un dato que nos trae como una brisa de aire fresco. Hay un faro de luz que –en medio de innumerables y variadas dificultades– nos alumbr a los creyentes en el camino de la vida, para que no nos desesperemos: «*Las divinas Escrituras levantan nuestro ánimo para que no nos quebrante la desesperación; por otra parte, nos amedrentan para que no nos agite el viento de la soberbia. Seguir el camino medio, verdadero, recto, que va, digámoslo así, entre la izquierda de la desesperación y la derecha de la presunción, nos sería muy difícil si no nos dijera Cristo: ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’. Como si nos dijera: ¿por dónde quieres ir?’. Yo soy el camino ¿adónde quieres ir? Yo soy la verdad ¿dónde quieres permanecer? Yo soy la vida. Caminemos, pues, con seguridad por esta vía, pero temamos las asechanzas que la amenazan*» (*ser.* 156,1).

Nuestra meta final llegará con la visión: «*Llegará el tiempo en que veré aquello que ahora creo sin verlo; y viendo lo que ahora creo, seré feliz. Tendré entonces en realidad lo que ahora sólo poseo en esperanza. Al presente suspiro y voy en busca de un asilo seguro para colocarme a salvo; estoy enfermo y me dirijo al médico. Vivo contento en mi esperanza, porque Tú eres fiel a tus promesas; pero, como no te poseo aún, gimo bajo el aguijón del deseo*» (*enar. Psal.* 70,1,7-9).

Mientras peregrinamos todavía en el espacio y en el tiempo pidámosle al Señor que vigorice nuestra esperanza, y también nuestra fe; dejándonos guiar por ellas disfrutaremos un día de la plena visión, de la total felicidad y de todas las realidades salvíficas que ahora sólo poseemos parcialmente.